

Criptana nos abre por dentro la blanquísima flor de la evidencia, el milagroso encuentro sedientamente buscado en la mina de fe en Don Quijote.

Fatalmente habéis de llegar a Criptana donde, dolorido y férvido, el siempre «ferido de punta de ausencia» os aguarda. El sea con vosotros que lo buscáis en el cierto Guadiana de las apasionadas venas de vuestro amor.

(«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento». ¿No os parece que, recién abierta la clepsidra, la primera gota cae?)

II.—CERVANTES EN LA TABERNA

(Puerto Lápice)

Tenemos de Puerto Lápice una visión fugaz. Un Puerto Lápice apenas entrevisto. El puerto es suave y muy verde bajo esta bruma de mayo. Desde Herencia viene con nosotros una lluvia ténue que pone dulce la tarde. Profunda para soñar si en el corazón pesa un profundo bagaje de ojos grandes. Viene el aire con romero y se ancla en la hora un instante de prados juanrramonianos.

Igual que en Criptana, se nos llenan de expectación el corazón y la tarde. ¿Por qué repecho han de aparecer, de un momento a otro, el hidalgo y su escudero? ¿En qué lienzo de bruma se recostarán sus siluetas familiares? ¿Qué hemos de decirle a Don Quijote cuando nos clave la alucinada centella de su claro mirar? Seguramente hablaremos de Dulcinea, y los dos nos quedaremos, después, mudos, «húmedos de silencio», rumiando otro fatal «doloroso sentir» que—tampoco—como al personaje azoriniano podrán arrebatarlos.

El pueblo nos aguarda tras la curva del puerto; dos lomas le acunan y se duerme cargado de prestigio.

Entramos en el pueblo. En seguida en una taberna propicia. La tarde que se hunde deja en penumbra la pieza. Unos grupos borrosos conversan junto a un vínillo auténtico. Se enciende la luz y ya podemos curiosear a nuestro antojo. Tras el mostrador descubrimos a Don Quijote que se debate entre ciánicas pinceladas y lucha contra los cueros de tinto de la aventura a cintarazo limpio. Nos agrada esta tosca evocación oportuna. Hay más: el ignorado pintor ha dejado la sutileza de su espíritu en otros «frescos» alusivos. En otro lienzo de pared, Don Quijote aguarda impávido el desdén del león de «espantable y fea catadura» que manda a la Corte el general de Orán. En otro. Don Quijote y Sancho en composición clásica. Y en un entrepaño, pobre trasunto de la tabla de Jáuregui, como en una ideal presidencia, Miguel de Cervantes. ¿Sería ingenuidad decirnos que producen estas pinturas una emoción sutilísima y profunda? Desde el tiempo, Cervantes sigue ardiendo en el cerebro de este anónimo pintor, le ha entusiasmado la mano, le ha enfervorizado los pinceles, para esta veneración luminosa.

El ventero—que también tiene una hija que calla y se sonríe—advierte complacido nuestro entusiasmo por estas decoraciones y nos habla orgullosamente de ellas. Se adivina en este hombre un alma de fervores. Después nos ha dicho que guarda, devotamente, un puñado de versos de Juan Alcaide, de cuando nuestro poeta amigo vivía en Puerto Lápice...

Una vez y otra curioseo las pinturas. A la luz de las bengalas del vino de la Mancha miro a este Jáuregui de tercera mano. La copia de copias no ha podido hurtarse a reproducir una inalterable mirada generosa y suavemente comprensiva. Alzo el gualda de mi vino manchego en un lírico brindis: —¡Príncipe, a tu salud!— por este encuentro consolador e insospechado. Los ojos de Cervantes rien más.

Enrique Soriano.